

Dicasterio para la Evangelización
Sección para las cuestiones fundamentales de la evangelización en el mundo

24 HORAS PARA EL SEÑOR

SUBSIDIO PASTORAL 17-18 MARZO 2023





DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
*SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO*

Índice general

Notas introductorias	4
Parte I. CONFESIÓN	5
Reflexión sobre el Sacramento de la Reconciliación hoy (S.E Mons. Vittorio Viola)	6
Testimonio de conversión Phan Thị Kim Phúc	12
¿Cómo prepararse para la confesión? <i>Reflexión sobre el examen de conciencia</i>	16
¿Cómo confesarse? <i>Celebración individual del Sacramento</i>	18
¿Qué hacer después de la confesión?	20
El Siervo de Dios Giancarlo Rastelli	21
Parte II. VIGILIA	23
Introducción a la celebración	24
Celebración penitencial	26
Esquema de Adoración Eucarística	30
<i>Lectio Divina</i> Jn 9,1-41 (IV Domingo de Cuaresma) (Hr. Ana Felício, asm)	33
Oración del corazón, Catequesis del Papa Francisco	39

Notas introductorias

El presente subsidio pretende ofrecer algunas sugerencias para que las parroquias y las comunidades cristianas puedan prepararse para vivir la iniciativa 24 horas para el Señor. Se trata, por supuesto, de propuestas que pueden adaptarse en función de las necesidades y costumbres locales.

En la tarde del viernes 17 de marzo y durante toda la jornada del sábado 18 de marzo, sería significativo prever una apertura extraordinaria de la iglesia, ofreciendo la posibilidad de acceder a las Confesiones, preferiblemente en un contexto de Adoración Eucarística animada. El acto podría comenzar el viernes por la tarde con una Liturgia de la Palabra para preparar a los fieles a las Confesiones y concluir con la celebración de la Santa Misa festiva el sábado por la tarde.

La primera parte de este subsidio presenta algunos pensamientos que ayudan a reflexionar sobre el porqué del Sacramento de la Reconciliación. Los textos preparan para vivir conscientemente el encuentro con el sacerdote en el momento de la confesión individual. También es una provocación para vencer las posibles resistencias que a menudo se oponen para evitar la confesión. Se ofrece un testimonio que ilustra el camino de la propia conversión: una ayuda para reflexionar sobre el propio cambio y sobre la conciencia de la presencia de Dios en la vida de cada uno. Se presenta también la vida de una persona, capaz de inspirarnos a realizar obras de misericordia y a continuar nuestro crecimiento personal después de recibir la absolución de los pecados.

La segunda parte se puede utilizar durante el tiempo de apertura de la iglesia, de tal manera que los que vayan a confesarse puedan ser ayudados en la oración y en la meditación a través de un recorrido basado en la Palabra de Dios.

PARTE I

CONFESIÓN

Sabéis que una buena confesión nos devuelve el Cielo y la amistad de nuestro Dios.

Santo Cura de Ars

Reflexión sobre el Sacramento de la Reconciliación

✠ *Vittorio Francesco Viola, O. F. M.*

La parábola del fariseo y el publicano (Lc 18,9-14) compara dos actitudes opuestas del hombre frente a Dios. La primera es la del que “presume de ser justo” y, por tanto, no tiene ninguna necesidad de ser perdonado: al contrario, frente a Dios tiene la pretensión de un premio que exige como un derecho que le es debido. La segunda es la de quien se sabe pecador: lo único que puede hacer es humillarse golpeándose el pecho y confiar en la misericordia de Dios como don absolutamente gratuito.

Con respecto a ambos, Dios tiene un único deseo que se debe contrastar con la libertad que Él nos ha dado: el Padre, rico en misericordia, no desea otra cosa que abrazar, levantar, regenerar, devolver la dignidad de hijo, liberar de toda cadena, devolver a la vida, salvar a todo hombre. Precisamente para revelar el rostro misericordioso del Padre, el Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros (cfr. Jn 1,14). San Juan Pablo II escribía en *Dives in misericordia* (n. 2): «[Cristo] no sólo habla [de la misericordia divina] y la explica usando semejanzas y parábolas, sino que además, y ante todo, él mismo la encarna y personifica. Él mismo es, en cierto sentido, la misericordia. A quien la ve y la encuentra en él, Dios se hace concretamente «visible» como Padre «rico en misericordia» (Ef 2,4)». La paternidad de Dios que, desde el día de nuestro pecado en el Jardín del Edén, creíamos haber perdido irremediablemente, mientras albergábamos un anhelo de ella en nuestros corazones, nos es restaurada por medio del Hijo.

Los evangelios cuentan cómo el encuentro con el Verbo encarnado se produce en diversas circunstancias y de maneras muy diferentes, cruzando los caminos, a menudo tortuosos e imprevistos, de la vida del hombre. La adúltera es arrastrada ante Él después de ser sorprendida en su pecado; el paralítico es bajado hacia Él desde el tejado, gracias al ingenio de sus amigos; Zaqueo trepa a un árbol con el deseo de verlo, para después bajar de prisa y hospedarlo en su casa. La mujer en casa de Simón, conocida por todos como una pecadora, se arroja a sus pies para lavarlos con lágrimas. El ladrón se encuentra con Él en la hora decisiva con motivo de la misma condena a muerte, para encontrarse poco después con Él en su Reino.

Cualquiera que se haya acercado a Jesús con los mismos sentimientos y actitudes del publicano, confesando su culpa, siempre “ha vuelto a casa justificado” (cfr. Lc 18,14). La sentencia de condena es sustituida por una absolución con fórmula plena, no por el hecho de que nuestro pecado no exista, sino porque se consume en el fuego del amor de Dios. La Redención lleva a cumplimiento el proyecto original para el cual hemos sido creados y al cual Dios ha permanecido fiel a pesar de nuestras infidelidades, es decir, la posibilidad de que tengamos parte en la comunión de amor de las Personas de la Santísima Trinidad.

La cuestión decisiva es una: ¿cómo podemos tener hoy también nosotros la experiencia concreta del encuentro con Él para recibir el don de la reconciliación y vivir en

la libertad de los hijos de Dios? Sin un encuentro real con el Señor que salva, la conciencia de nuestro pecado acabaría siendo una cárcel sin salida.

También nosotros “debemos” tener la oportunidad de humillarnos delante de Dios con los gestos concretos de la penitencia y con las palabras de una verdadera petición de perdón. Sobre todo, necesitamos experimentar la misericordia de Dios como sucedía en los días de la Encarnación a través de los gestos y las palabras de perdón de Jesús. Todo esto se nos da realmente, en forma sacramental, en la celebración del sacramento de la Reconciliación.



El Concilio Vaticano II nos ayudó a redescubrir el sentido teológico de la Liturgia, es decir, el lugar que ocupa en la dinámica de la fe. En *Sacrosanctum Concilium*, cap.1, se exponen principios generales para la reforma y la promoción de la sagrada Liturgia. Los recuerdo, en extrema síntesis: la acción celebrativa es el momento presente, el hoy de la historia de la salvación; la Iglesia está en el mundo no solo para anunciar la Pascua del Señor sino para realizarla en la celebración de los sacramentos. En la acción celebrativa Cristo está realmente presente de muchas maneras, haciendo posible así el encuentro con Él. No un recuerdo de Él, sino la posibilidad, en forma sacramental, de encontrarlo, como la adúltera, como el paralítico, como Zaqueo, como la mujer en casa de Simón, como el ladrón en la cruz. A través de *signos sensibles*, a través de los *ritos y oraciones* (cfr. SC n.48) la Iglesia, en virtud de la presencia y la acción del Espíritu, ejerce la función sacerdotal de Jesucristo, actualiza la fuerza salvífica de su Pascua, ofreciendo a todos los fieles, en la participación de la acción ritual, la posibilidad de ser alcanzados por la eficacia de la obra de la Redención, la posibilidad de ser salvados.

A partir de estos principios generales, el Concilio deseaba que el rito y las fórmulas de la Penitencia fueran revisados de manera que expresaran más claramente la naturaleza y el efecto del sacramento (cfr. SC n.72). La aplicación de esta indicación tuvo que afrontar un recorrido largo y dificultoso. Esto no es sorprendente si se tiene en cuenta el complejo desarrollo ritual de la celebración del sacramento de la reconciliación, que en el transcurso del camino de la Iglesia asumió formas muy diferentes, antes de llegar a la codificación del Ritual de Pablo V (1614) en uso hasta el Vaticano II.

Para llevar a cabo la reforma de la celebración de este sacramento, se han observado algunos principios, tomados de los documentos conciliares.

La *Lumen Gentium*, en el n.11, al tratar del sacerdocio común ejercido en los sacramentos, afirma: «Quienes se acercan al sacramento de la penitencia obtienen de la misericordia de Dios el perdón de la ofensa hecha a Él y al mismo tiempo se reconcilian con la Iglesia, a la que hirieron pecando, y que colabora a su conversión con la caridad, con el ejemplo y las oraciones».

El mismo tema es retomado por el decreto *Presbyterorum Ordinis* en el n.5, hablando de los sacerdotes como ministros de la santificación con los sacramentos y la Eucaristía: «[Los presbíteros], por el Bautismo introducen a los hombres en el pueblo de Dios; por el Sacramento de la Penitencia reconcilian a los pecadores con Dios y con la Iglesia».

También el decreto *Christus Dominus*, en el n.30.2, recuerda a los párrocos «que el sacramento de la penitencia ayuda muchísimo para robustecer la vida cristiana» y los exhorta a mostrarse «siempre dispuestos a oír las confesiones de los fieles».

Los *Praenotanda* al Rito de la Penitencia aprobado por San Pablo VI el 2 de diciembre de 1973, son excelente resumen de la comprensión de la celebración del sacramento a la luz de los principios reafirmados por el Concilio.

Los elementos fundamentales a los que había que referirse en la revisión del rito pueden resumirse así: la historia de la salvación como revelación y realización del misterio de la reconciliación; el pecado como ofensa a Dios y herida al cuerpo eclesial; la doble dimensión de la reconciliación, con Dios y con la Iglesia; la implicación de la comunidad cristiana en el proceso de la conversión.

Su aplicación ritual pronto resultó compleja. No podemos repasar aquí, ni siquiera en resumen, la amplitud de los problemas que emergieron y las motivaciones que inspiraron la intervención reformista. Incluso la elección de mantener la terminología



transmitida por la tradición, buscando redefinir los términos a la luz de la teología conciliar, no resultó sencilla. Pensando en la finalidad de este subsidio me limito a algunas consideraciones útiles para mejorar la calidad de la participación litúrgica en la celebración del sacramento, una participación que, como desea el Concilio, debe ser plena, consciente, activa (cfr. SC n.14) y fructuosa (cfr. SC n.11).

En primer lugar, es oportuno recordar que la Iglesia celebra el perdón de los pecados y la reconciliación en el Bautismo, la Eucaristía y el sacramento de la Penitencia. El fin común, es decir, el perdón de los pecados, fundamenta la íntima relación que existe entre las distintas peculiaridades de estos sacramentos (cfr. *Praenotanda* n.3).

Además, la Iglesia está llamada a vivir una profunda dimensión penitencial que impregna toda su vida: de este modo expresa su ser en un proceso de conversión continua, hasta el día de la venida del Señor. La actitud penitencial de la vida cristiana no es un modo para ganarse la misericordia de Dios, sino de expresar nuestro deseo de pertenecer al amor trinitario, no solo con palabras, sino en la concreción práctica del ofrecimiento del sufrimiento unido al de la Cruz de Cristo, de las obras de misericordia y de las obras de caridad, hasta que Cristo sea formado en nosotros (cfr. Gal 4,19). Esta actitud se expresa también en la Liturgia y, en particular, en el sacramento de la penitencia (cfr. *Praenotanda* nn.4 5).

Una comprensión errónea nos lleva a veces a acercarnos al sacramento de la Penitencia con la misma actitud interior de quien entra en un tribunal sabiendo que es culpable. La parábola del Padre misericordioso (Lc 15,11 32) nos enseña que el hijo, cuando vuelve a casa, no encuentra un tribunal penal, sino la fiesta que expresa la alegría del padre por el hijo encontrado. El lugar de la celebración del sacramento es la sala del banquete nupcial, donde la comunidad celebra la Pascua, la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte, en la experiencia gozosa de su misericordia que perdona. Nuestra confesión nos devuelve la pureza de la túnica blanca del Bautismo, prenda expresamente requerida para poder participar en la fiesta.



Seamos claros: Dios hace un juicio, la cruz de su Hijo juzga nuestro pecado, desenmascara nuestras culpas, las llama por su nombre, muestra la inconsistencia de nuestras justificaciones auto absolutorias. Este juicio es, sin duda, la mirada más penetrante que se pueda tener sobre nuestro mundo interior y que ninguna introspección psicológica, por útil que sea, podrá jamás igualar. Dice el Salmo 139,23 24: «Sondéame, oh Dios, y conoce mi corazón, ponme a prueba y conoce mis sentimientos, mira si mi camino se desvía, guíame por el camino eterno». Esta mirada, sin embargo, no es la de un juez despiadado que aplica una ley con firmeza implacable, sin que es más bien la de un padre bueno y misericordioso que, como en la parábola, no ve la hora de volver a abrazar a su hijo. Si nos costara liberarnos de la idea del tribunal, intentemos al menos considerar que se trata de un tribunal muy especial, en el cual el juez tiene la firme intención de querer absolvernó y nuestro abogado cuenta con el mejor argumento de su fidelidad en nuestra defensa: «... si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo» (1 Jn 2,1).

La forma ritual que mejor expresa la dimensión eclesial de este sacramento es, sin duda, el “Rito de la reconciliación para varios penitentes con confesión y absolución individual”. No obstante, el más frecuente “Rito para la reconciliación de penitentes individuales” – si se celebra según las indicaciones del ritual vigente – conserva también la misma dimensión. Ser miembros de un mismo cuerpo establece un vínculo tan profundo que, además de la corresponsabilidad en la culpa, nos permite vivir también una cooperación en la penitencia (cfr. *Praenotanda* n.5).

En la celebración del sacramento cada fiel ejerce su sacerdocio bautismal en los actos propios del penitente: contrición, confesión y satisfacción (cfr. *Praenotanda* 6). Esta terminología tridentina, retomada por el ritual actual, se profundiza y comprende en su significado más profundo. Basta un ejemplo: tras definir la contrición según el dictado del Concilio de Trento (el dolor y la aversión del pecado cometido, con el propósito de no volver a pecar), la definición se amplía con la cita de la *Paenitemini* de San Pablo VI que describe la *metánoia* como “por esa íntima y total transformación y renovación de todo el hombre –de todo su, sentir, juzgar y disponer– que se lleva a cabo en él a la luz de la santidad y caridad de Dios, santidad y caridad que, en el Hijo, se nos han manifestado y comunicado con plenitud”.

En la estructura ritual del sacramento de la penitencia, un elemento fundamental – desgraciadamente todavía demasiado descuidado en la práctica– es la proclamación de la Palabra. Uno de los méritos de la reforma querida por el Concilio es, sin duda, haber hecho “que aparezca con claridad la íntima conexión entre la palabra y el rito en la Liturgia” (SC n.35). La palabra de Dios nos permite escrutar nuestro corazón y conocer nuestro pecado, nos llama a la conversión, anuncia la misericordia de Dios que se realiza en el perdón sacramental (cfr. *Praenotanda* n.12).

Una última consideración. El n.10 de los *Praenotanda* nos ofrece una descripción del ministerio del confesor que muestra toda la riqueza de la celebración de este sacramento. Está llamado como un médico a “saber distinguir las enfermedades del alma para aplicar los remedios oportunos” y como un juez a evaluarlo todo con sabiduría; tiene que ser un hombre de Dios experto en el discernimiento de espíritus que es “el conocimiento íntimo

de la obra de Dios en el corazón de los hombres”; debe revelar, en las palabras y en los gestos, el corazón misericordioso del Padre y el cuidado del Buen Pastor que va en busca de la oveja perdida para conducirla de nuevo al redil.

El Papa Francisco escribió en la *Misericordiae vultus* (n.2): «Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado».

En el sacramento de la Reconciliación se nos da el poder de tener la experiencia viva de la misericordia de Dios para con nosotros.



Testimonio de conversión Phan Thi Kim Phúc

Nada alegra tanto a Dios como la conversión y la salvación del hombre.
San Gregorio Nacianceno

La conversión se refiere a la situación de una persona que, dándose cuenta de estar caminando en la dirección equivocada, cambia de dirección y toma la correcta. Es una transformación interior en la que se pasa de una situación de alejamiento o de indiferencia hacia Dios a una vida de unidad y de amistad con Él. La conversión implica implícitamente una llamada de Dios y, al mismo tiempo, la fuerza de voluntad de la persona y la promesa de adherirse a la vocación divina. Así pues, la conversión es al mismo tiempo un don de la Gracia de Dios y un acto libre del hombre.

El proceso de conversión puede tener lugar gradualmente, a lo largo de varios días, semanas, meses e incluso años – o realizarse en un momento muy breve, cuando uno se da cuenta de la presencia de Dios, de su propia insuficiencia y de la existencia del camino que lleva a la felicidad eterna, escogiéndolo libremente como propio.

Esperamos que el testimonio de conversión personal que se relata a continuación facilite la reflexión sobre el propio estado de la fe y sobre la presencia de Dios en la vida.



Phan Thị Kim Phúc nace el 2 de abril de 1963 en Trang Bang, un pueblo rural situado a unos 40 kilómetros de la capital Saigón, en Vietnam del Sur. El país lleva varios años inmerso en una cruenta guerra y la zona recibe frecuentes visitas de guerreros del Vietcong o de las fuerzas gubernamentales. La guerra, sin embargo, no afecta a Trang Bang y Kim, junto con sus padres, abuelos y ocho hermanos, lleva una vida bastante despreocupada, ayudando a sus padres en las sencillas tareas domésticas.

A principios de los años 70 las acciones bélicas eran cada vez más frecuentes en los alrededores de Trang Bang. Así llegó el memorable día del 8 de junio de 1972. Las fuerzas del Vietcong ocuparon el pueblo y las tropas survietnamitas deciden atacarles. Una treintena de civiles, entre ellos la familia Phúc, se reúnen en el templo local con la esperanza de que ninguno de los militares o guerrilleros ataque el objetivo religioso. Hacia mediodía, sin embargo, uno de los soldados survietnamitas confunde a los civiles reunidos en el templo con miembros del Vietcong. De repente, “una granada de humo explotó, cubriendo la escena de morado brillante y de oro. Era una señal para el piloto survietnamita que seguía la batalla: lanza las bombas justo en ese sitio”.

Uno de los soldados cercanos al templo se da cuenta de la gravedad del error y comienza a gritar: “¡Salid! ¡Corred! ¡Tenéis que abandonar este sitio! ¡Esto no es seguro! ¡Van a destruir todo este lugar! ¡Fuera! ¡Niños, corred los primeros!”

Kim, junto con los demás niños, se precipita desde el templo a la plazoleta adyacente y después todos se desparraman por la calle principal del pueblo. Por el rabillo del ojo ve que el avión desciende bruscamente: cuatro bombas salen disparadas de debajo de su panza. Unos instantes después toda la zona queda inundada con napalm. El aire arde, alcanzando una temperatura de mil grados centígrados. Kim se está quemando. La ropa, la espalda, las piernas – todo está en llamas. El dolor es inmenso, pero no se detiene. Va corriendo hacia adelante.

En la misma calle, junto a los militares, se encuentra un jovencísimo reportero: Nick Ut, quien inmortaliza el ataque del avión con su máquina fotográfica.

El grupo de niños alcanza a los militares – Kim recordará algún año después que en ese momento gritaba: “Nóng quá, nóng quá – mucho calor, mucho calor”.

Uno de los periodistas, Christopher Wain, alarga la mano y da agua a la pequeña. Después derrama agua sobre su cabeza y su cuerpo quemado, pero de esta manera empeora las cosas, porque el oxígeno del agua reacciona con los restos del napalm de su cuerpo y crea de nuevo el fuego. Nick Ut también la socorre, dejando aparte su máquina de fotos, y la lleva al hospital de Saigón. Los médicos, sin embargo, determinan que la pequeña no podrá sobrevivir – alrededor del 30% de su cuerpo está quemado. Nick insiste y, finalmente, convence a los médicos para que lo intenten. Kim pasa en el hospital los siguientes catorce meses y es sometida a diecisiete operaciones quirúrgicas.

Mientras tanto, una de las fotos tomadas por Nick, donde aparece Kim desnuda, quemada y aterrorizada, corriendo por la calle junto a otros niños, es galardonada con el Premio Pulitzer. La foto se titula: “The terror of war – El terror de la guerra”.



El proceso de curación es muy doloroso, pero en el camino sucede otra cosa – mucho más grave: en el corazón de Kim nacen la rabia y el odio. Son emociones negativas y muy profundas hacia todas las personas que le han causado dolor, hacia todas las personas que le han dado la espalda al ver su piel cicatrizada y deformada. Ya no se siente amada, aceptada, hermosa, digna de una vida.

Muchos años más tarde, durante una entrevista, Kim dirá: “Habría preferido morir aquel día, junto a mi familia... Para mí ha sido difícil cargar con todo ese odio, esa rabia”.

Todas estas experiencias físicas y emocionales la conducen a elegir la medicina como materia de estudio. Al mismo tiempo busca también un sentido más profundo para su vida y estudia diferentes religiones. Un día de 1982, en el segundo año de universidad, en la biblioteca universitaria de Saigón encuentra el Nuevo Testamento. Lo coge, se sienta y comienza a hojear las páginas. Su mirada se posa en la frase pronunciada por Jesús en el evangelio según san Juan: “Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14,6). Al principio, Kim piensa que Jesús es muy presuntuoso – “hay miles de caminos para llegar a Dios; todo el mundo lo sabe”. Cierra el libro, pero su reflexión continúa – se da cuenta de que, si la frase dicha por Jesús es verdadera, entonces ha estado adorando a los dioses equivocados durante toda su vida.

De esta manera se enciende en ella otro pensamiento: “Ese Jesús sufrió en defensa de su pretensión. Se burlaron de Él. Y lo torturaron. Y lo asesinaron. ¿Por qué habría hecho todas estas cosas, si no fuera, verdaderamente, Dios? Su dolor debía tener un propósito, de lo contrario no habría podido soportar tan fielmente el combate. No había considerado nunca a Jesús desde este lado – el lado herido, el lado que lleva las cicatrices”.

Toda la reflexión lleva a Kim a concluir: “Si Jesús es verdaderamente el que dice ser, y ha soportado todo eso que dice haber soportado, entonces quizá podría ayudarme a dar un sentido a mi dolor y, finalmente, a aceptar mis cicatrices”.

Durante las semanas siguientes Kim profundiza su conocimiento de la religión cristiana, habla con otras personas, descubre poco a poco que la fe nace de la escucha y que Dios tiene un plan para ella. Compara sus experiencias dolorosas con el Dios que ha

sufrido. Un día descubre que es amada y querida por Dios. A comienzos de 1983 anuncia a su familia que ha cambiado de religión – ha dado su vida al Señor Jesucristo.

La conversión cristiana le dio la fuerza para perdonar. Actualmente, Kim Phuc vive en Canadá, con su marido y sus dos hijos. Ha dedicado su vida a promover la paz, prestando apoyo médico y psicológico a las víctimas de la guerra.

“El perdón me liberó del odio. Tengo todavía muchas cicatrices en mi cuerpo y fuertes dolores casi todos los días, pero mi corazón está purificado. El Napalm es muy potente, pero la fe, el perdón y el amor son aún más fuertes. No tendríamos más guerras si todos aprendieran a convivir con el verdadero Amor, la esperanza y el perdón. Si pudo hacerlo aquella niña de la foto, pregúntate: ¿puedo hacerlo también yo?”



¿Cómo prepararse para la confesión? Reflexión sobre el examen de conciencia

Papa Francisco, 6 de agosto de 2014, Audiencia General

Jesús nos entrega también el «protocolo» a partir del cual seremos juzgados. Cuando llegue el fin del mundo seremos juzgados. ¿Y cuáles serán las preguntas que nos harán en ese momento? ¿Cuáles serán esas preguntas? ¿Cuál es el protocolo a partir del cual el juez nos juzgará? Es el que encontramos en el capítulo 25 del Evangelio de Mateo. La tarea de hoy es leer el quinto capítulo del Evangelio de Mateo donde están las Bienaventuranzas; y leer el vigésimo quinto, donde está el protocolo, las preguntas que nos harán el día del juicio. No tendremos títulos, créditos o privilegios para presentar. El Señor nos reconocerá si a su vez lo hemos reconocido en el pobre, en el hambriento, en quien pasa necesidad y es marginado, en quien sufre y está solo... Es este uno de los criterios fundamentales de verificación de nuestra vida cristiana, a partir del cual Jesús nos invita a medirnos cada día. Leo las Bienaventuranzas y pienso cómo debe ser mi vida cristiana, y luego hago el examen de conciencia con este capítulo 25 de Mateo. Cada día: he hecho esto, he hecho esto, he hecho esto... Nos hará bien. Son cosas sencillas pero concretas.



Mt 5,3-10

Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos

Mt 25,31-46

Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda.

Entonces dirá el rey a los de su derecha: "Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme".

Entonces los justos le contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?;¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?;¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?".

Y el rey les dirá: "En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis".

Entonces dirá a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis".

Entonces también estos contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?".

Él les replicará: "En verdad os digo: lo que no hicisteis con uno de estos, los más pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo".

Y estos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna.

¿Cómo confesarse? Celebración individual del Sacramento

En el momento en que te presentas como penitente, el sacerdote te acoge con cordialidad, dirigiéndote palabras de ánimo. Él hace presente al Señor misericordioso.

Junto al sacerdote, haces la señal de la cruz diciendo:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

El sacerdote te ayuda para que te dispongas a confiar en Dios, con estas palabras u otras similares:

El Señor esté en tu corazón,
para que puedas arrepentirte y confesar humildemente tus pecados.

El sacerdote, según convenga, lee o dice de memoria algún texto de la Sagrada Escritura, en el que se hable de la misericordia de Dios y se dirija al hombre para invitarle a convertirse.

Rm 5, 8-9

Dios nos demostró su amor en que,
siendo nosotros todavía pecadores,
Cristo murió por nosotros.
¡Con cuánta más razón, pues,
justificados ahora por su sangre,
seremos por él salvados del castigo!

En este momento, puedes confesar tus pecados. Si es necesario, el sacerdote te ayuda, haciéndote preguntas y dándote consejos adecuados. El sacerdote invita al penitente a manifestar su arrepentimiento, recitando el acto de contrición o alguna otra fórmula similar, por ejemplo:

Padre, he pecado contra el cielo y contra ti;
ya no merezco llamarme hijo tuyo.
Ten compasión de este pecador. (Lc 15, 18; 18,13)

El sacerdote, extendiendo las manos (o por lo menos la mano derecha) sobre la cabeza del penitente, dice:

Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo
por la muerte y la resurrección de su Hijo,
y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados,
te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz.

Y yo te absuelvo de tus pecados
en el nombre del Padre, y del Hijo, + y del Espíritu Santo.

Respondes:

Amén.

Después de la absolución el sacerdote continúa:

Demos gracias a Dios porque es bueno.

Respondes:

Porque es eterna su misericordia.

Entonces el sacerdote te despide diciendo:

El Señor te ha perdonado. Vete en paz.

Oración del penitente:

Lava del todo mi delito, Señor,
limpia mi pecado.
Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado. (Sal 50, 4-5)

O bien

¡Oh, Jesús, de encendido amor, si nunca te hubiera ofendido! ¡Oh, mi querido y buen Jesús! Con Tu Santa Gracia no te quiero volver a ofender, ni volver a disgustarte, porque te amo sobre todas las cosas. Jesús mío, misericordia, ¡perdóname!

¿Qué hacer después de la confesión?

En esperanza fuimos salvados, dice san Pablo a los Romanos y también a nosotros (Rm 8,24). Según la fe cristiana, la «redención», la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino.

Benedicto XVI, *Spe salvi*, n. 1.



El Siervo de Dios Giancarlo Rastelli



Giancarlo Rastelli nació en Pescara el 25 de junio de 1933. Su padre, Vito Rastelli, es periodista, mientras que su madre, Luisa Bianchi, es profesora en una escuela de Primaria. Cuando acaba la guerra, en 1945, Giancarlo se traslada con su familia a Parma, ciudad natal de sus padres, donde obtiene el título de Bachillerato en 1951. Se matriculó en la facultad de Medicina de la Universidad de Parma, donde se licencia en 1957 con la máxima nota y su tesis es galardonada con el premio de licenciatura Lepetit. Pero no son solo sus talentos intelectuales los que asombran a sus compañeros de universidad. Éstos cuentan hasta ahora que Gian, antes de repetir Anatomía, fue capaz de sorprender a todos con una pregunta del tipo: “¿Te acuerdas del himno de la caridad de san Pablo?”

Su carrera médica es incontestable. Trabajó en el Instituto de Anatomía Humana, en el Instituto de Patología General y en el Instituto de Cirugía Clínica. Una vez licenciado, pasó a ser asistente, primero voluntario, y después extraordinario, en la Primera Clínica Quirúrgica y en la Cátedra de Patología Quirúrgica Especial de la Universidad de Parma. Al cabo de 5 años recibe una beca de estudio de la OTAN y se traslada a los Estados Unidos, a la Mayo Clinic – un centro puntero de gran parte de las investigaciones médicas, donde se especializa en cirugía cardíaca. A sus colegas y amigos, Gian les dice: “Siempre he pensado que la primera caridad que el enfermo debe recibir del médico es la caridad de la ciencia, es la caridad de ser atendido como se debe”.

A su excelente instrucción médica y a la práctica laboral es necesario añadir otra característica: la religiosa. El doctor Rastelli no encuentra la motivación para salvar vidas humanas solamente en el juramento hipocrático, sino que la descubre y profundiza en su fe cristiana. Ya siendo un muchacho de trece años entra en la Congregación Mariana de Parma, en el Oratorio de San Roque, donde el Padre Molin Pradel dirige su atención hacia los últimos, los marginados, los excluidos y los enfermos. Este espíritu cristiano de apertura y de absoluta dedicación a los más necesitados se refleja después en su misión de médico, cirujano e investigador. En el rostro del enfermo Giancarlo ve siempre el rostro de Cristo. En consecuencia, su labor como investigador en la Mayo Clinic va siempre unida con su servicio por los enfermos, siguiendo fielmente el lema de la clínica: “The patient

comes first – El paciente es lo primero”. Uno de sus pacientes describe así su especial relación con el médico que le atendía, el doctor Rastelli: “Enfermaba con los enfermos y se curaba con ellos”.

En 1964 Giancarlo vuelve a Italia para casarse con Anna Anghileri de Sondrio y, veinte días después, al volver a la Mayo Clinic, se entera, por las pruebas rutinarias exigidas a los investigadores, de que padecía un linfogranuloma maligno (el llamado linfoma Hodgkin). Informan al Dr. Rastelli que, con toda probabilidad, le quedarán cinco años de vida. A pesar de la impactante noticia, él no se descompone y le dice a su mujer Anna: “Yo soy feliz. He recibido mucho de la vida y ahora contigo lo he tenido todo”. Y pocos días después: “Me han dado más tiempo, gracias a Dios. No hablemos más de ello. Vivamos una vida normal”, y ella cumplió con la misma fuerza espiritual.

Los cinco años siguientes son espectaculares: el Dr. Rastelli elabora nuevas clasificaciones y procedimientos para las intervenciones de cirugía cardíaca que, en los manuales médicos de todo el mundo, son todavía conocidos como los procedimientos de Rastelli 1 y 2. Al mismo tiempo, su crecimiento espiritual y humano, que pocos conocen, se vuelve cada más sobrenatural.



Giancarlo ejerce su generosidad con pacientes y amigos, e incluso paga personalmente las costosísimas operaciones de la Mayo Clinic a los niños que acuden a él desde Italia, hasta el punto de alojarles en su casa si no pueden permitirse permanecer en los Estados Unidos. Una vez escribe al respecto: “Saber, sin saber amar, no es nada. Es menos que nada”. En 1966 nace la hija de Giancarlo y Anna: Antonella.

Anna, su mujer, describe así su relación: “En Gian descubrí mi razón de ser. Gian es la prueba de la existencia de Dios y de la eternidad. Pero, en mi felicidad, hay lágrimas por lo que sabéis y que no se puede decir. Creía que me estaba volviendo loca, pero la fuerza me vino grande e inesperada. Cada día es un regalo del cielo. Nuestro camino es tan ligero como el respirar y tan importante como la vida. Y no hablo de la vida de esta tierra que consideramos tiempo robado a la eternidad, sino de la vida para siempre”.

La enfermedad de Giancarlo es cada vez más fuerte. Sufre recaídas, se somete a ciclos de Rontgen y de quimioterapia. En enero de 1970 contrae una fiebre agotadora que le impide casi por completo su investigación profesional. A finales del mismo mes quiso presentar a su equipo el llamado tercer procedimiento de Rastelli, pero no puede participar ese día del encuentro. Ingresado e intubado, muere el 2 de febrero sin haber podido desvelar su tercer método.

En el 2005 se abrió el proceso de beatificación de Giancarlo Rastelli.

PARTE II

VIGILIA

... es Él quien os espera cuando no os satisface nada de lo que encontráis;
es Él la belleza que tanto os atrae;
es Él quien os provoca con esa sed de radicalidad que no os permite dejaros llevar del conformismo;
es Él quien os empuja a dejar las máscaras que falsean la vida;
es Él quien os lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar.
Es Jesús el que suscita en vosotros el deseo de hacer de vuestra vida algo grande, la voluntad de seguir un ideal, el rechazo a dejaros atrapar por la mediocridad, la valentía de comprometeros con humildad y perseverancia para mejoraros a vosotros mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna.

San Juan Pablo II,

Vigilia de oración en la XV Jornada Mundial de la Juventud, 2000

Introducción a la celebración

La Vigilia que se celebra durante la iniciativa “24 horas para el Señor” desempeña un papel fundamental, porque caracteriza todo el acto; por tanto, es deseable que se celebre con el Santísimo Sacramento expuesto, mientras uno o más sacerdotes están disponibles para celebrar el Sacramento de la Reconciliación.

La presente Vigilia se inspira en las palabras del Evangelio de Lucas: “Oh, Dios, ten compasión de este pecador” (cfr. 18,13), subrayando la iniciativa del hombre que se dirige a Dios buscando el perdón. El evangelista Lucas recoge el relato de Jesús sobre dos hombres que se dirigen al templo a rezar (cfr. Lc 18,9 14). En el relato, la actitud del fariseo contrasta con la del publicano. Mientras el primero, quedándose de pie durante la oración, se jacta de sus propios actos ante el Señor, el segundo, quedándose a cierta distancia y con la mirada en el suelo, reconoce su propia culpa. La conciencia de saberse culpable lleva al publicano a formular una de las más sencillas oraciones de perdón: “Oh, Dios, ten compasión de este pecador”. La oración es escuchada y el publicano vuelve a casa justificado por Dios, a diferencia del fariseo, que se justifica a sí mismo. El texto puede entenderse de varias maneras. Nos centraremos en dos de ellas: la primera destaca la acción del hombre que se reconoce pecador ante Dios y humildemente hace una petición de perdón. La segunda, en cambio, advierte contra una actitud humana que busca la autojustificación a través de una comparación con los demás hombres. Durante este proceso el hombre encuentra defectos en los demás y se percibe a sí mismo como mejor que ellos. El sentido de superioridad no le permite pedir perdón a Dios.

El acto “24 horas para el Señor” está estrechamente relacionado con el tiempo litúrgico de la Cuaresma, y en particular con el IV Domingo de Cuaresma, antiguamente conocido como “Laetare”. La alegría que se celebra en este día brota de la conversión personal, de la reconciliación con Dios y de la gracia recibida en el Sacramento del Perdón. Las lecturas del domingo (1 Sam 16,1b.4.6 7.10 13; Sal 22; Ef 5,8 14; Jn 9,1 41) presentan, entre otras cosas, cómo el hombre es elegido por Dios y tocado por su gracia, abandonando la vida tenebrosa y convirtiéndose en hijo de la luz. Ese paso de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, del pecado al perdón, se ilustra a través del proceso de curación del ciego de nacimiento.

La iniciativa se ha situado justo en los días previos al IV Domingo de Cuaresma, para dar la posibilidad a todos los fieles de liberar sus vidas de los pecados, preparándose, de esta manera, para la Pascua ya cercana.

En el transcurso de la iniciativa 24 horas para el Señor es oportuno subrayar los contenidos aquí indicados. Sin embargo, el desarrollo mismo y la elección de los temas y de los pasajes bíblicos siempre se dejan a discreción de los pastores y de los organizadores del evento, quienes, en las diferentes partes del mundo, conocen mejor las necesidades de los fieles confiados a su cuidado pastoral.

N.B. La reconciliación con Dios y con los hombres devuelve la paz al hombre. Las guerras y la paz no son un simple fruto de acuerdos políticos, sino sobre todo de la disposición de los corazones humanos. En este sentido, todo hombre, y más aún todo cristiano, es responsable de la guerra y de la paz en las sociedades y entre las naciones. Es misión de todos nosotros cultivar un corazón misericordioso y propagar la cultura del perdón y de la paz. Durante la iniciativa "24 horas para el Señor" no puede faltar la oración por la paz y por la reconciliación entre las naciones en guerra y entre los grupos sociales que permanecen en conflicto.

La práctica de años anteriores demuestra que la iniciativa suele llevarse a cabo de tres maneras:

1. En pequeñas comunidades, como por ejemplo en hospitales, en cárceles o en parroquias/rectorías con un número relativamente reducido de fieles.
En este caso toda la iniciativa se suele desarrollar el viernes por la tarde. Se podría comenzar el acto con la Liturgia penitencial, exponer a continuación el Santísimo Sacramento y, con la Adoración Eucarística silenciosa o animada por un grupo de oración (según las posibilidades y las necesidades de la comunidad), invitar a todos a la reconciliación sacramental con Dios.
2. En las parroquias más grandes (sobre todo en las zonas urbanas), en prefecturas (y/o vicariatos/decanatos) o allí donde se decida organizar el acto en varias parroquias/comunidades.
Sería conveniente comenzar el viernes por la tarde con la Santa Misa o con la Liturgia de la Palabra. A continuación se expone el Santísimo Sacramento y se comienza la Adoración Eucarística animada por diversos grupos parroquiales o por varias parroquias.
Los responsables deben establecer tanto el programa de toda la Adoración como su duración, asegurando turnos para las confesiones de los fieles.
3. En las iglesias catedrales, basílicas, santuarios o en las parroquias y lugares de culto más significativos para la Iglesia local y cuidadosamente elegidos por el Ordinario o por las personas responsables.
El acto debería organizarse de manera más solemne, subrayando la universalidad de la Iglesia que lo celebra simultáneamente en todo el mundo. La iglesia debería permanecer abierta también por la noche, con la Adoración Eucarística animada por turnos por varios grupos de oración y por diversas comunidades. Es deseable que el Ordinario y los Obispos estén presentes al menos al comienzo y al final del acto, ofreciéndose también para la celebración del Sacramento de la Reconciliación. Se debe garantizar la constante presencia de uno o más sacerdotes dispuestos a escuchar las confesiones.

Siempre que fuese posible, un grupo de fieles, especialmente formado y preparado, podría invitar a las personas que pasan por los alrededores de la iglesia a entrar y a participar del acto (sobre todo en las iglesias céntricas de la ciudad, en los centros históricos y turísticos, en lugares de gran afluencia de personas, etc.). Una simple invitación, una palabra de bienvenida, una explicación sobre el acto, constituyen a menudo una ocasión para entablar una conversación más seria, convirtiéndose en un verdadero momento de evangelización. No pocas veces los fieles laicos, sobre todo los que sistemáticamente reciben formación en varias comunidades y grupos de oración, pueden prestar un excelente servicio en la preparación para la confesión, dialogando con las personas que no frecuentan la iglesia desde hace mucho tiempo y se podrían sentir incómodas con la presencia directa e inmediata del sacerdote.

Para adaptar la propuesta de la Vigilia a las necesidades particulares de una comunidad concreta (parroquia, capilla de hospital, monasterio, rectoría, santuario, etc.) se podrían elegir algunos cantos adecuados. Para profundizar en los temas de los textos bíblicos propuestos, se sugiere preparar una meditación o elegir algunos testimonios, según las necesidades y posibilidades de la propia comunidad.

Inicio de la Vigilia

Liturgia penitencial

Mientras el presbítero y los ministros se dirigen al presbiterio, la asamblea canta el himno u otro canto adecuado.

SALUDO Y MONICIÓN

C: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

R: Amén.

C: La misericordia y la paz estén con todos ustedes.

R: Y con tu espíritu.

C: "Dijo también a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, esta parábola". Con estas palabras el evangelista Lucas nos invita a un viaje a la intimidad de nuestro corazón. Espontáneamente surgen algunas preguntas: ¿Cómo me relaciono con los otros? ¿Qué pienso de ellos? ¿Qué piensa Dios de eso? Hermanos y hermanas, estas preguntas nos permiten ver y recomponer el tejido de nuestra cotidianidad, de las relaciones hechas de pensamientos, de palabras y de acciones incompletas – y generalmente incluso equivocadas, dolorosas y dañinas. Dios no nos condena, sino que nos espera pacientemente para que comprendamos nuestro error y podamos exclamar: "Ten piedad de mí, pecador". Esta tarde, en la intimidad de nuestro corazón, pidamos a Dios perdón por nosotros y por nuestros hermanos y hermanas que no han encontrado todavía la fuerza para estar aquí con nosotros e invocar la misericordia del Padre.

Todos se recogen en silencio un momento. Luego el celebrante continúa:

C: Oremos.

Extiende las manos y dice:

C: Oh Dios, Tú no haces preferencia de personas y nos das la certeza de que la oración del humilde penetra las nubes; míranos también a nosotros como al publicano arrepentido, y haz que nos abramos a la confianza en tu misericordia para ser perdonados en tu nombre. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que es Dios, y vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

Todos responden: Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Ecl 35,15b-17.20-22a

Del libro del Eclesiastés

El Señor es un juez
que no se deja impresionar por apariencias.
No menosprecia a nadie por ser pobre
y escucha las súplicas del oprimido.
No desoye los gritos angustiosos del huérfano
ni las quejas insistentes de la viuda.
Quien sirve a Dios con todo su corazón es oído
y su plegaria llega hasta el cielo.
La oración del humilde atraviesa las nubes,
y mientras él no obtiene lo que pide,
permanece sin descanso y no desiste,
hasta que el Altísimo lo atiende
y el justo juez le hace justicia.

L: Palabra de Dios.

R: Te alabamos, Señor.

Salmo Responsorial

Do Sal 33

R. Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha.

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloría en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren.

El Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos.
El Señor redime a sus siervos,
no será castigado quien se acoge a él.

Proclamación del Evangelio

Mt 4,23

Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Dios reconcilió al mundo consigo por medio de Cristo,
y a nosotros nos confió el mensaje de la reconciliación.

Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Evangelio

C: El Señor esté con ustedes.

R: Y con tu espíritu.

C: Del Evangelio según san Lucas

(18,9-14)

R: Gloria y honor a ti, Señor Jesús.

En aquel tiempo, Jesús dijo esta parábola sobre algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás:

"Dos hombres subieron al templo para orar: uno era fariseo y el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: 'Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos y adúlteros; tampoco soy como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todas mis ganancias'.

El publicano, en cambio, se quedó lejos y no se atrevía a levantar los ojos al cielo. Lo único que hacía era golpearse el pecho, diciendo: 'Dios mío, apiádate de mí, que soy un pecador'. Pues bien, yo les aseguro que éste bajó a su casa justificado y aquél no; porque todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido".

C: Palabra del Señor.

R: Gloria y honor a ti, Señor Jesús.

Sigue la homilía.

Todos se ponen de pie.

CONFESIÓN GENERAL DE LOS PECADOS

Luego de una breve pausa de reflexión, el celebrante dice:

C: Inspirados por la humildad del publicano, pidamos a Dios perdón por nuestros pecados.

C: Yo confieso ante Dios todopoderoso

R: y ante ustedes, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen, a los Ángeles, a los Santos y a ustedes, hermanos, que intercedan por mí ante Dios nuestro Señor.

C: Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén.

ORACIÓN DEL SEÑOR

C: Inspirados por la Palabra del Señor, que nos invita a pedir a Dios el perdón de nuestros pecados, dirijamos a Él nuestra oración:

R: Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu Reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal.

SEÑAL DE LA PAZ

Si las normas sanitarias lo permiten, el celebrante dice:

C: Queridos hermanos y hermanas, reconciliados por la gracia de Dios recibida por medio de Jesucristo, démonos fraternalmente la paz.

Todos se dan la paz.

EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Se procede con la exposición del Santísimo Sacramento “more solito” y con la Adoración Eucarística animada, que durará hasta el término de la iniciativa “24 horas para el Señor”.

Sigue el tiempo para las confesiones y la absolución individual.

Al término de la Vigilia se da la bendición solemne con el Santísimo Sacramento. En algunos lugares, sobre todo donde la iniciativa “24 horas para el Señor” se ha realizado de forma solemne, concluyéndose el sábado por la tarde, se puede celebrar la Santa Misa del IV Domingo de Cuaresma o las Primeras Vísperas.

Desarrollo de la Vigilia

El presente texto es una propuesta que debe ser sucesivamente concretizada y adaptada, según las tradiciones locales.

Considerando la duración de la vigilia, el número de participantes, las posibilidades organizativas y otros factores, la animación de la Adoración Eucarística puede realizarse a turnos, con un cambio temático después de cada hora.

Durante la celebración de la vigilia no falten los momentos de oración silenciosa ante el Santísimo Sacramento.

ESQUEMA PARA CADA TURNO

Expuesto el Santísimo Sacramento, después de un momento de silencio, el coro puede realizar un canto. A continuación, se lee un texto bíblico:

De la carta de san Pablo a los Efesios

(5,8-14)

En otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor.

Caminad como hijos de la luz (toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz) buscando lo que agrada al Señor, sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien poniéndolas en evidencia.

Pues hasta ahora da vergüenza mencionar las cosas que ellos hacen a escondidas, y todo lo que se expone a la luz, queda en evidencia. Por eso dice:

"Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos Y Cristo será tu luz".

Se permanece en silencio.

TESTIMONIO/MEDITACIÓN

A continuación se propone un testimonio de conversión. Dicho testimonio puede ser pronunciado por una persona deseosa de compartir cómo el Señor ha tocado su corazón con la gracia del perdón. En alternativa, se puede leer el testimonio de conversión de Giancarlo Rastelli que se encuentra en el presente subsidio. En el caso en que no sea posible presentar el testimonio, se puede proponer un texto de meditación, como por ejemplo:

Esposizione sul Salmo 62, S. Agostino

Hay un sueño del alma y hay un sueño del cuerpo. Todos necesitamos el sueño del cuerpo, porque sin él, el hombre desfallece, y desfallece el mismo cuerpo. No puede nuestro frágil cuerpo mantener por largo tiempo al alma en vela y atenta al trabajo; si estuviera largo tiempo el alma con atención a las actividades, el cuerpo, frágil y terreno, no sería capaz de seguirla, no la podrá sostener en continua actividad; desfallecería y se vendría abajo. Por eso Dios le concedió el sueño al cuerpo, para reparar sus miembros y que sean capaces de mantener el alma en vela. Una cosa sí debemos evitar: que nuestra alma se duerma. Mala cosa es el sueño del alma. El sueño corporal sí es bueno, para reparar las fuerzas del cuerpo. Pero el sueño del alma es el olvidarse de su Dios. Cuando el alma se olvida de su Dios, está dormida. De ahí que el Apóstol se dirija a algunos que se olvidaron de su Dios, y, como entregados al sueño, se rindieron a los delirios del culto a los ídolos. Los que adoran a los ídolos son como los que ven fantasías en sueños; si su alma está en vela, comprenderá por quién ha sido hecha, y no adorará a lo que ella misma fabricó. He aquí lo que les dice el Apóstol: *Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará*⁸. ¿Acaso el Apóstol trataba de despertar a uno que dormía corporalmente? Lo que quería era despertar a un alma que dormía, y lo hacía para que fuera iluminada por Cristo. Es a esta vigilia a la que se refiere el salmista: *Oh Dios, Dios mío, por ti estoy en vela desde el amanecer*. No estarías en vela si no brillase la luz que te despertaría del sueño. Cristo ilumina las almas y las hace estar en vela; pero si retira su luz, se entregan al sueño. Por eso se le dice en otro salmo: *Da luz a mis ojos, para que nunca me duerma en la muerte*⁹. Puede suceder también que estando las almas apartadas de él, estén dormidas, y aunque la luz las esté iluminando, no la pueden ver, porque están dormidas. Es como uno que está durmiendo durante el día: el sol ya salió, ya está cálido el día, pero él está como de noche, porque no está en vela y no ve que el día ya ha despuntado. Esto es lo que les sucede a algunos: Cristo ya se ha hecho presente, ya se ha predicado la verdad, pero el sueño todavía mantiene el alma dormida. A éstos vosotros, si estáis en vela, les diréis día tras día: *Despierta tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará*. Vuestra vida y vuestra conducta deben ser en Cristo algo vigilante, para que otros, los dormidos paganos, lo perciban, y con el rumor de vuestra vida en vigilia, se despierten, despierecen su sueño, y comiencen en Cristo a decir con vosotros: *Oh Dios, Dios mío, por ti estoy en vela desde el amanecer*.

Después del testimonio/meditación se hace un canto y se permanece en oración silenciosa.

Luego se puede hacer una oración de intercesión, pronunciada por toda la asamblea.

INVOCACIÓN A LA VIRGEN

Salve, estrella del mar,
Madre santa de Dios
y siempre Virgen,
feliz puerta del cielo.

Aceptando aquel «Ave»
de la boca de Gabriel,
afiánzanos en la paz
al trocar el nombre de Eva.

Desata las ataduras de los reos,
da luz a quienes no ven,
ahuyenta nuestros males,
pide para nosotros todos los bienes.

Muestra que eres nuestra Madre,
que por ti acoja nuestras súplicas
Quien nació por nosotros,
tomando el ser de ti.

Virgen singular,
dulce como ninguna,
líbranos de la culpa,
haznos dóciles y castos.

Facilítanos una vida pura,
prepáranos un camino seguro,
para que viendo a Jesús,
nos podamos alegrar para siempre
contigo.

Alabemos a Dios Padre,
glorifiquemos a Cristo soberano
y al Espíritu Santo,
y demos a las Tres personas un mismo
honor.
Amen.

Se hace un canto y se permanece en oración silenciosa hasta el término del turno de oración.

Según la duración de la vigilia, se puede repetir este esquema, cambiando los textos bíblicos y los cantos, y alternando los testimonios, las meditaciones y las oraciones.

Considerando el tiempo litúrgico de Cuaresma, sería aconsejable insertar también el Via Crucis. Se puede proponer la oración del Santo Rosario y/o de la Coronilla de la Divina Misericordia.

Algunos textos bíblicos para componer otros turnos de la vigilia: Salmo 51 (salmo de arrepentimiento), Jn 8,1-11 (la mujer adúltera); Col 1,9-14 (de las tinieblas a la luz de Cristo).

Como alternativa, tanto para una profundización individual como para la celebración comunitaria, se propone la *Lectio divina*, de la cual a continuación se propone un texto, o la reflexión de Papa Francisco sobre la oración del corazón – citada después de la *Lectio*.

Lectio Divina Jn 9,1-41 (IV Domingo de Cuaresma)

Hr. Ana Felício, asm

*¡Oh Espíritu Santo!,
alma de mi alma,
te adoro;
ilumíname, guíame,
fortifícame, consuélame,
dime que debo hacer,
ordéname.
Concédeme someterme
a todo lo que quieras de mí,
y aceptar
todo lo que permitas
que me suceda.
Hazme solamente conocer
y cumplir tu voluntad.
Ámen.*

El Espíritu Santo, que ha inspirado las Escrituras, que ha guiado a los profetas, que ha actuado en Jesús y lo ha llevado a actuar siempre en conformidad a la voluntad del Padre, es el mismo Espíritu que hoy nos habla a través de la Palabra, que nos ilumina, nos guía, nos fortalece y nos consuela.

Nos puede ayudar lo que ha dicho Papa Francisco en la Audiencia General del 27 de enero de 2021, en la que ha reflexionado sobre la oración con las Sagradas Escrituras. Decía el Santo Padre: «ese versículo de la Biblia ha sido escrito también para mí, hace siglos, para traerme una palabra de Dios. Ha sido escrito para cada uno de nosotros. A todos los creyentes les sucede esta experiencia: un pasaje de la Escritura, escuchado ya muchas veces, un día de repente me habla e ilumina una situación que estoy viviendo... Nosotros, por tanto, leemos las Escrituras para que estas “nos lean a nosotros”».

1. Leer con obediencia

El Santo Padre, en esa misma ocasión, invitaba a comenzar a «leer el pasaje bíblico con atención, [...] con “obediencia” al texto, para comprender lo que significa en sí mismo».

Con esta certeza, abramos la Biblia en el capítulo 9 del Evangelio según san Juan.

Y al pasar, vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién pecó: este o sus padres, para que naciera ciego?». Jesús contestó: «Ni este pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día tengo que hacer las obras del que me ha enviado: viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo». Dicho esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)». Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: «¿No es ese el que se sentaba a pedir?». Unos decían: «El mismo». Otros decían: «No es él, pero se le parece». Él respondía: «Soy yo». Y le preguntaban: «¿Y cómo se te han abierto los ojos?». Él contestó: «Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en los ojos y me dijo que fuese a Siloé y que me lavase. Entonces fui, me lavé, y empecé a ver». Le preguntaron: «¿Dónde está él?». Contestó: «No lo sé». Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. Él les contestó: «Me puso barro en los ojos, me lavé y veo». Algunos de los fariseos comentaban: «Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado». Otros replicaban: «¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?». Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: «Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?». Él contestó: «Que es un profeta». Pero los judíos no se creyeron que aquel había sido ciego y que había comenzado a ver, hasta que llamaron a sus padres y les preguntaron: «¿Es este vuestro hijo, de quien decís vosotros que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?». Sus padres contestaron: «Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo ve ahora, no lo sabemos; y quién le ha abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos. Preguntádselo a él, que es mayor y puede explicarse». Sus padres respondieron así porque tenían miedo a los judíos: porque los judíos ya habían acordado excluir de la sinagoga a quien reconociera a Jesús por Mesías. Por eso sus padres dijeron: «Ya es mayor, preguntádselo a él». Llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron: «Da gloria a Dios: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador». Contestó él: «Si es un pecador, no lo sé; solo sé que yo era ciego y ahora veo». Le preguntan de nuevo: «¿Qué te hizo, cómo te abrió los ojos?». Les contestó: «Os lo he dicho ya, y no me habéis hecho caso: ¿para qué queréis oírlo otra vez?, ¿también vosotros queréis haceros discípulos suyos?». Ellos lo llenaron de improperios y le dijeron: «Discípulo de ese lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios, pero ese no sabemos de dónde viene». Replicó él: «Pues eso es lo raro: que vosotros no sabéis de dónde viene, y, sin embargo, me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino al que es piadoso y hace su voluntad. Jamás se oyó decir que nadie le abriera los ojos a un ciego de nacimiento; si este no viniera de Dios, no tendría ningún poder». Le replicaron: «Has nacido completamente empecatado, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?». Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: «¿Crees tú en el Hijo del hombre?». Él contestó: «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?». Jesús le dijo: «Lo estás viendo: el que te está hablando, ese es». Él dijo: «Creo, Señor». Y se prostró ante él. Dijo Jesús: «Para un juicio he venido yo a este mundo: para que los que no ven, vean, y los que ven, se queden ciegos». Los fariseos que estaban con él oyeron esto y le preguntaron: «¿También nosotros estamos ciegos?». Jesús les contestó: «Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado; pero como decís “vemos”, vuestro pecado permanece..»

2. Entrar en dialogo

Escuchemos nuevamente las palabras de Papa Francisco: «Sucesivamente se entra en diálogo con la Escritura, de modo que esas palabras se conviertan en motivo de meditación y de oración: permaneciendo siempre adherente al texto, empiezo a preguntarme sobre qué “me dice a mí”».

Santa Teresa de Jesús afirmaba que la oración no es otra cosa que «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (*Vida* 8,5). Este es el momento para establecer un diálogo entre amigos.

Comencemos imaginando la escena... El texto nos dice que al pasar, «vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento». Imaginando la escena, parece como si Jesús, un día por casualidad, encontró a un hombre ciego de nacimiento... Parece una casualidad, pero luego Jesús dice: «tengo que»... ¡Era necesario! Jesús tenía que encontrar *a ese* hombre ciego o, más aún, Jesús *quería* encontrarlo, quería entrar en su vida, al igual como quiere entrar en la vida de cada uno de nosotros.

Jesús vio un hombre ciego de nacimiento. También sus discípulos lo vieron, pero no vieron lo mismo que Jesús. En el ciego los discípulos vieron la lógica del pecado-enfermedad, la lógica de la retribución: si haces el bien, eres bendito por Dios; si haces el mal, eres maldito. La pregunta que los discípulos dirigen a Jesús - «Maestro, ¿quién pecó: este o sus padres, para que naciera ciego?» - corresponde a la mentalidad del tiempo, según la cual la enfermedad era una consecuencia de los pecados. Jesús vino a destruir esta lógica, que ve a Dios como un juez que castiga cuando nos equivocamos. Jesús vino a mostrar el rostro del Padre, que es un rostro de luz, porque este Padre celestial «hace salir su sol sobre malos y buenos» (Mt 5,45), hace brillar su luz sobre todos sus hijos.

Pareciera como si los discípulos miraran hacia atrás, deteniéndose a contemplar el pasado, buscando causas para justificar la situación. Pero actuando de este modo dan la espalda al ciego. Jesús actúa de otra manera. Su mirada se dirige hacia adelante, no se detiene en el pasado, sino que mira a aquél que tiene en frente y lo ve. Jesús ve a este hombre. Ve a alguien ante sí, una persona que vive «en tinieblas y en sombra de muerte» (Lc 1,79) y justamente por ello lo atrae. Mientras los discípulos parecen buscar a los culpables, Jesús se preocupa solo de mirar y dar la vida. No ha venido a condenar el mundo, sino a salvarlo (cfr. Jn 3,17).

Volvamos a la escena... El ciego está quieto, esperando que alguien lo ayude. Jesús pasa y toma la iniciativa. Él no pide nada al ciego y este, a su vez, no pide nada a Jesús. Él ya lo sabe. Como el Padre celeste, él sabe bien qué necesitamos, mucho antes de que se lo pidamos (cfr. Mt 6,8). Él conoce lo que está escondido en las tinieblas, que aun cubriéndonos no nos esconden ante Él (cfr. Sal 139,11): Él, de hecho, es la luz del mundo.

En este momento Jesús actúa: prepara el barro con su saliva y unge los ojos del ciego. Luego le pide que se lave en la piscina de Siloé. El ciego obedece y se va sano.

Era parte de la tradición antigua curar con la saliva. Porque provenía de la boca, se pensaba que transmitiera el respiro de la vida, el soplo vital, y que tenía propiedades

curativas. Cuando el evangelista Juan describe a Jesús que hacía el barro, alude al barro con el que Dios creó al hombre (cfr. Gn 2,7). Así suplicaba Job en su dolor: «Recuerda que me hiciste de barro» (Gb 10,9). Dios está atento a la voz de nuestras súplicas. Jesús escucha el grito mudo de este ciego y, usando el barro, lo forma de nuevo. Lo hace nacer de nuevo ¡Es una nueva creación!

Jesús utiliza dos elementos: un elemento preexistente, la tierra, y un elemento personal, la saliva. Siempre es así cuando Jesús nos sana: usa lo que somos, usa nuestra tierra y nos da su Espíritu. De esta forma nos sana, nos transforma, nos da la vida y lo hace con el mismo Espíritu que nos ha dado el día de la Pascua, con el mismo Espíritu «que es Señor y da la vida». Como la creación del mundo fue posible gracias a la Palabra y al sople de la vida, así, entonces, la comunicación de la Gracia de Dios se hace posible a través de la boca del Verbo: la curación de este hombre ciego desde el nacimiento representa la creación del Hombre Nuevo. Es una anticipación de la Pascua: el Resucitado ilumina el mundo con el fuego nuevo.

Es una creación tan nueva que los otros alrededor de él no la reconocen: «¿No es ese el que se sentaba a pedir?». Algunos decían: «No es él, pero se le parece». Es realmente una profunda transformación. Cuando Jesús nos toca, hay algo que cambia, y no sabemos ni siquiera cómo explicar lo que sucede. También el ciego, que a las preguntas que le hacen solo puede decir: «Me puso barro en los ojos, me lavé y veo». No sabe decir más. Cuando Jesús nos toca ocurre algo que no sabemos explicar. Lo único que sabemos es que vemos las cosas de forma distinta.

Jesús es la luz del mundo y la luz no se impone, nos hace ver lo que existe, no impone su presencia. La oscuridad, al contrario, se impone. Cuando hay oscuridad, vemos solo esto: oscuridad. Cuando hay luz, vemos mucho más. Jesús hace esto con nosotros. Quiere que veamos más. De hecho, curando al ciego, Jesús da a entender algo del misterio del sufrimiento que nos toca. Nos hace entender que el sufrimiento nunca es un castigo de Dios. Este Dios no es el *Abbá* de Jesús. El misterio del sufrimiento es un misterio insondable ante el cual no tenemos respuesta. Cuando el sufrimiento nos toca, surge en nosotros la misma duda de los discípulos, esa duda que fue puesta en nosotros por la antigua serpiente: “¿Dios es verdaderamente un padre bueno que quiere solo nuestro bien? Entonces, ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué sufro de esta manera? ¿Por qué sufren las personas que amo?”. Ante estas preguntas no podemos dar respuestas apresuradas, como las de los discípulos. Hay un silencio sagrado que se impone. Dios no quiere nuestro sufrimiento, pero ella nos sale al encuentro – inevitablemente – por razones que no siempre comprendemos. Y Dios puede usarla para que en nosotros «se manifiesten las obras de Dios» ¿De qué manera? Si en los momentos de sufrimiento sabemos vivir “con los mismos sentimientos” que Jesús vivió sobre la Cruz (cfr. Fil 2,5). Vivir en el abandono total al Padre, repitiendo con Jesús: “Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya (cfr. Lc 22,42). No veo, no sé por qué me está pasando esto, pero confío en Ti. Sé que me amas y que en Ti todo sirve para el bien (cfr. Rm 8,28), por caminos misteriosos que no conozco ni comprendo”. Cuando tenemos el coraje y la gracia de vivir así, el sufrimiento es una suerte de autopista hacia el Cielo. Nos conforma a Cristo, nos hace más similares a Él.

Es solo volviéndose una “única cosa” con Él que podemos vivir la vida nueva que Jesús nos da

3. Contemplar con amor

Continúa Papa Francisco: «A través de la oración, la Palabra de Dios viene a vivir en nosotros y nosotros vivimos en ella... En los días “torcidos” y confusos, asegura al corazón un núcleo de confianza y de amor que lo protege de los ataques del maligno... Aquí las palabras y los pensamientos dejan lugar al amor, como entre enamorados a los cuales a veces les basta con mirarse en silencio. El texto bíblico permanece, pero como un espejo, como un icono para contemplar».

Tenemos gran necesidad de este diálogo que se vuelve silencio; mirar a Dios y dejarnos mirar por Dios; mirar con qué amor Él nos está mirando...

Imaginemos que Él pasa ante nosotros. Muchas veces ocurre que no lo vemos, ennegrecidos por tantas cosas, distraídos y dispersos. Pasa, nos ve, pero nosotros no lo vemos. Él, en cambio, nos ve y nos toca. No pasa de largo, no da vuelta la mirada. Nos mira con atención, sabe qué necesitamos y nos toca. No nos deja iguales. Algo en nosotros cambia cuando el Señor pasa y nos toca. Imaginémoslo. Imaginémoslo a Él que extiende su brazo y nos toca con la mano.

Pero el tacto es siempre con-tacto y el contacto nunca es unilateral, sino que siempre es recíproco. Cuando la piel toca algo, es a su vez tocada por eso. La mano de Jesús ha tocado el ojo del ciego, y este devuelve el toque. La mano de Jesús se siente tocada. Si Jesús nos toca, algo en nosotros lo toca también a Él.

Aquí comienza la relación. Jesús toma la iniciativa, pero también nosotros respondemos a este vínculo. Hagámosle compañía, dejemos hablar al corazón, no con oraciones ya hechas, sino con las palabras que salen desde nuestro corazón.

Deseamos tu luz

Ilumínanos

Enséñanos el camino para llegar a la casa de la luz

Donde vives

Dinos lo que ves

Dinos cómo ves

Solo tu rostro se hará camino

4. A Palabra se hace carne

Concluye Papa Francisco: «A través de la oración sucede como una nueva encarnación del Verbo. Y somos nosotros los “tabernáculos” donde las palabras de Dios quieren ser acogidas y custodiadas, para poder visitar el mundo... la Palabra de Dios, impregnada del Espíritu Santo, cuando es acogida con un corazón abierto, no deja las cosas como antes, nunca, cambia algo... Así la Palabra de Dios se hace carne en aquellos que la acogen en la oración».

Jesús en el evangelio interpela al ciego: «¿Crees tú en el Hijo del hombre?». Esta es la pregunta a la que cada uno de nosotros debe responder con la propia vida. Jesús quiere sanar nuestra mirada interior y reforzar nuestra fe. Ese hombre, ciego de nacimiento, debió aceptar la luz y decidir libremente si aceptarla o no. Fue necesario que adhiriera, fue necesario que fuera a la piscina para lavarse como Jesús le había ordenado para recuperar inmediatamente la vista. Pero la luz de la fe es gradual: pasa a través del “no lo sé”, “es un profeta”, “viene de Dios”, “creo, Señor”. También nosotros avanzamos poco a poco en este camino de fe, frecuentando los sacramentos, meditando la Palabra y en la caridad fraterna.

Ese hombre, considerado un maldito, castigado por Dios, un pecador, hijo de padres pecadores, se convertirá en un tabernáculo de la gloria de Dios, un tabernáculo que hace brillar el amor que es Dios y que calla las falsas respuestas al misterio del sufrimiento que muchas veces encontramos. Cuando Jesús nos toca, nuestra vida, marcada por el drama del sufrimiento, es transformada en una existencia que revela la acción de Dios.

Recordemos el prólogo del evangelio de Juan: «El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre» (Jn 1, 9-12).

La invitación que esta Palabra nos deja es la de convertirnos, también nosotros, en luz *que Dios enciende para iluminar a la humanidad en sus horas sombrías e inquietas*, según la expresión de san Juan Pablo II. Esta es la invitación que se nos hace: acoger la Luz que vino al mundo y que ya nos toca. Un tiempo, de hecho, estábamos en las tinieblas, pero ahora somos luz en el Señor (cfr. Ef 5,8)

Oración del corazón

Papa Francisco

Miércoles, 9 de junio de 2021

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En esta penúltima catequesis sobre la oración hablamos de la perseverancia al rezar. Es una invitación, es más, un mandamiento que nos viene de la Sagrada Escritura. El itinerario espiritual del Peregrino ruso empieza cuando se encuentra con una frase de san Pablo en la primera carta a los Tesalonicenses: «Orad constantemente. En todo dad gracias» (5,17-18). La palabra del Apóstol toca a ese hombre y él se pregunta cómo es posible rezar sin interrupción, dado que nuestra vida está fragmentada en muchos momentos diferentes, que no siempre hacen posible la concentración. De este interrogante empieza su búsqueda, que lo conducirá a descubrir la llamada oración del corazón. Esta consiste en repetir con fe: «¡Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí pecador!». Una oración sencilla, pero muy bonita. Una oración que, poco a poco, se adapta al ritmo de la respiración y se extiende a toda la jornada. De hecho, la respiración no cesa nunca, ni siquiera mientras dormimos; y la oración es la respiración de la vida.

¿Cómo es posible custodiar siempre un estado de oración? El Catecismo nos ofrece citas bellísimas, tomadas de la historia de la espiritualidad, que insisten en la necesidad de una oración continua, que sea el fulcro de la existencia cristiana. Cito algunas de ellas.

Afirma el monje Evagrio Póntico: «No nos ha sido prescrito trabajar, vigilar y ayunar constantemente —no, esto no se nos ha pedido— pero sí tenemos una ley que nos manda orar sin cesar». El corazón en oración. Hay por tanto un ardor en la vida cristiana, que nunca debe faltar. Es un poco como ese fuego sagrado que se custodiaba en los templos antiguos, que ardía sin interrupción y que los sacerdotes tenían la tarea de mantener alimentado. Así es: debe haber un fuego sagrado también en nosotros, que arda en continuación y que nada pueda apagar. Y no es fácil, pero debe ser así.

San Juan Crisóstomo, otro pastor atento a la vida concreta, predicaba así: «Conviene que el hombre ore atentamente, bien estando en la plaza o mientras da un paseo: igualmente el que está sentado ante su mesa de trabajo o el que dedica su tiempo a otras labores, que levante su alma a Dios: conviene también que el siervo alborotador o que anda yendo de un lado para otro, o el que se encuentra sirviendo en la cocina». Pequeñas oraciones: «Señor, ten piedad de nosotros», «Señor, ayúdame». Por tanto, la oración es una especie de pentagrama musical, donde nosotros colocamos la melodía de nuestra vida. No es contraria a la laboriosidad cotidiana, no entra en contradicción con las muchas pequeñas obligaciones y encuentros, si acaso es el lugar donde toda acción encuentra su sentido, su porqué y su paz.

Cierto, poner en práctica estos principios no es fácil. Un padre y una madre, ocupados con mil cometidos, pueden sentir nostalgia por un periodo de su vida en el que

era fácil encontrar tiempos cadenciosos y espacios de oración. Después, los hijos, el trabajo, los quehaceres de la vida familiar, los padres que se vuelven ancianos... Se tiene la impresión de no conseguir nunca llegar a la cima de todo. Entonces hace bien pensar que Dios, nuestro Padre, que debe ocuparse de todo el universo, se acuerda siempre de cada uno de nosotros. Por tanto, ¡también nosotros debemos acordarnos de Él!

Podemos recordar que en el monaquismo cristiano siempre se ha tenido en gran estima el trabajo, no solo por el deber moral de proveerse a sí mismo y a los demás, sino también por una especie de equilibrio, un equilibrio interior: es arriesgado para el hombre cultivar un interés tan abstracto que se pierda el contacto con la realidad. El trabajo nos ayuda a permanecer en contacto con la realidad. Las manos entrelazadas del monje llevan los callos de quien empuña pala y azada. Cuando, en el Evangelio de Lucas (cfr. 10,38-42), Jesús dice a santa Marta que lo único verdaderamente necesario es escuchar a Dios, no quiere en absoluto despreciar los muchos servicios que ella estaba realizando con tanto empeño.

En el ser humano todo es "binario": nuestro cuerpo es simétrico, tenemos dos brazos, dos ojos, dos manos... Así también el trabajo y la oración son complementarios. La oración – que es la "respiración" de todo – permanece como el fondo vital del trabajo, también en los momentos en los que no está explicitada. Es deshumano estar tan absortos por el trabajo como para no encontrar más el tiempo para la oración.

Al mismo tiempo, no es sana una oración que sea ajena de la vida. Una oración que nos enajena de lo concreto de la vida se convierte en espiritualismo, o, peor, ritualismo. Recordemos que Jesús, después de haber mostrado a los discípulos su gloria en el monte Tabor, no quiere alargar ese momento de éxtasis, sino que baja con ellos del monte y retoma el camino cotidiano. Porque esa experiencia tenía que permanecer en los corazones como luz y fuerza de su fe; también una luz y fuerza para los días venideros: los de la Pasión. Así, los tiempos dedicados a estar con Dios avivan la fe, la cual nos ayuda en la concreción de la vida, y la fe, a su vez, alimenta la oración, sin interrupción. En esta circularidad entre fe, vida y oración, se mantiene encendido ese fuego del amor cristiano que Dios se espera de nosotros.

Y repetimos la oración sencilla que es tan bonito repetir durante el día, todos juntos: "Señor Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí pecador".

**«¡Oh Dios!,
ten compasión de
este pecador»**

(Lc 18,13)